



ZWEIG

STEFAN

La vertiginosa épica del sentimiento

Por qué hay que leer o releer a Stefan Zweig
 Por Luis Fernando Moreno Claros (El País, 2013)

El pasado 22 de febrero de 2012 se cumplieron setenta años del suicidio del escritor austríaco de ascendencia judía Stefan Zweig (1881-1942); exiliado en Brasil, ingirió una fuerte dosis de veronal junto a su segunda esposa, Lotte Altmann. Ella estaba enferma, con escasa posibilidad de cura; y él, a sus sesenta años, padecía una honda depresión y el agotamiento de deambular de un país a otro, sin hogar, privado de su fabulosa biblioteca salzburguesa, y sin sosiego para trabajar. Sufrió de pesimismo y angustia por el destino de la Europa que tanto había amado: en 1942 Hitler parecía invencible. Zweig no quería seguir viviendo con la perspectiva de que su viejo mundo de cultura y libertad se desmoronara llevándose consigo el humanismo de los buenos europeos, aquellas ideas que defendían los demócratas que masacraban los nazis.

Stefan Zweig era un escritor superventas cuyas obras se habían traducido a más de cincuenta idiomas. Desde 1925 ningún otro autor vendía tantos libros como él, ni siquiera el gran Thomas Mann. Había triunfado entre el público culto de la época con unos magistrales ensayos biográficos sobre algunos de sus creadores predilectos: Nietzsche, Hölderlin, Dostoyevski... lo mismo que con las insuperables biografías de Fouché, María Antonieta o María Estuardo. Zweig no aportaba datos históricos nuevos pero era capaz de transmitir sentimientos, descubrir las pasiones y los arrebatos de la personalidad, así como los giros inusitados del destino que transforman las vidas. Nadie antes que él reflejó con tanto detalle las perplejidades del corazón, los trastornos del alma de los creadores geniales o de los personajes políticos.

Además de biógrafo fue también poeta y traductor, iniciándose en estas tareas durante su acomodada juventud en la brillante Viena de los Habsburgo; conoció y admiró a grandes escritores y se enamoró de la literatura francesa, sobre todo de Balzac. También Chéjov y Tolstói fueron sus admirados maestros. Siguiendo sus estrellas, Zweig comenzó a escribir relatos y novelas; y enseguida hizo gala de un estilo inconfundible: rauda y ágil, conciso y sin concesiones a la palabrería. Tampoco tuvo que ir muy lejos para



Tertulias Literarias

descubrir el mapa de las aventuras que deseaba contar, pues éste se circunscribía al interior del ser humano: un terreno que él consideró más ilimitado y enigmático que cualquier otro.

Zweig exploraba las pasiones de sus contemporáneos igual que hacía con la vida de las personalidades artísticas. Por ejemplo, sabía describir bien la psicología de sus personajes femeninos. Esposas seducidas o tentadas por la aventura con un extraño; muchachas llenas de anhelos inconfesables... sus novelas así lo confirman. Por lo demás, el escritor en su vida privada tenía éxito con las mujeres. Rompía corazones de vez en cuando, aunque nunca fue un despreciador ni un misógino, a la manera de su conciudadano Arthur Schnitzler; se hallaba más cercano al feliz gozador que fue Casanova, a quien también dedicó una magnífica semblanza biográfica.

A finales del pasado año Acantilado lanzó un espléndido tomo que contiene una buena muestra de quién fue Zweig como novelista. El lector encontrará aquí las novelas más representativas de Zweig. Todos los títulos que se presentan son dignos de lectura, aunque destaco *Ardiente secreto*, *La impaciencia del corazón*, *La embriaguez de la metamorfosis* y *Novela de ajedrez*. Quien lea la primera de las citadas se prenderá para siempre de su escritura: el balneario, el niño a solas con la madre y el seductor que se interpone entre ambos como un demonio revulsivo; el pequeño traicionado por los adultos y su venganza. ¡Una maravilla! *La piedad peligrosa* es un apasionante melodrama —igual que la conmovedora *Carta de una desconocida*— ambientado en la Viena finisecular, con un joven fatuo como protagonista que encontrará su merecido existencial por su confusión de sentimientos en medio de una dramática situación que se le escapa de las manos. Zweig sabe ser tierno con las debilidades humanas, sin que por ello se muestre menos duro con la inmadurez y la falta de compromiso de sus personajes, que son por lo general personas “normales” de aquella clase media-alta austriaca, acomodada y cosmopolita que gozaba de ciertas libertades modernas aunque viéndose aún encadenada por ominosas represiones burguesas.

En *La embriaguez de la metamorfosis* una simple muchachita empleada de correos tiene la oportunidad de vivir durante unos días un sueño: alojada como huésped en un caro balneario de montaña conocerá una vida de lujo y diversión para la que no está destinada; el lector gozará con ella de esa ilusión de cambio vital y también deseará que el idilio no termine nunca. Esta magnífica novela quedó interrumpida con la muerte de Zweig, igual que *Clarissa*; no obstante, su lectura es absorbente, pues si algo caracteriza a estas novelas — a todas— es que atrapan con su sorprendente suspense psicológico, con su vertiginosa épica de los sentimientos.

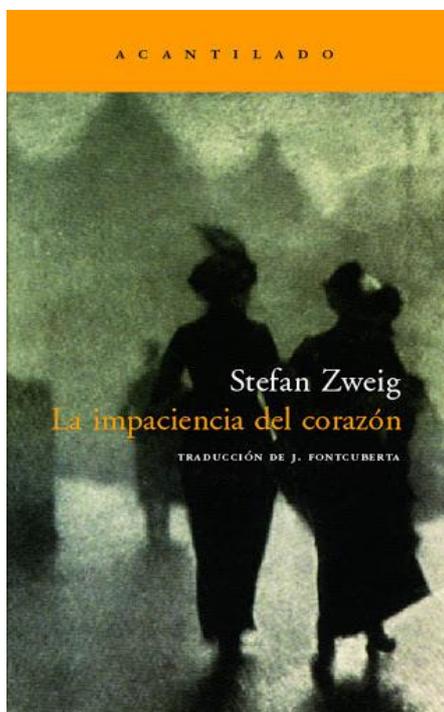
Pocos meses antes de morir, aislado en la ciudad de Petrópolis, sin libros que consultar para terminar su gran estudio sobre Balzac, Zweig leía a Montaigne —un volumen de *Los ensayos* que al azar había caído en sus manos— y mataba el tiempo con Lotte jugando al ajedrez. Muy productivo a pesar de su pesimismo, todavía justo antes del fin escribió su impagable libro de memorias *El mundo de ayer*, y también la sorprendente *Novela de ajedrez*, la más popular de todas las que escribió, un relato perfecto en el que mostraba su sutil repulsa hacia el nazismo: un campeón mundial de ajedrez, romo y de ideas fijas, pierde una partida ante un misterioso personaje, el Dr. B., un hombre culto machacado por la Gestapo pero que supo conservar su integridad y libertad interiores cuando a su alrededor el mundo se derrumbaba: tal fue el heroísmo de Erasmo o el de Castellio —figuras tan caras a Stefan Zweig—, y su propio heroísmo. En estos tiempos de insania política merece la pena leer y releer a Zweig y, a la vez, conocer su exitosa y trágica existencia. Esperemos que Acantilado publique pronto la imprescindible biografía escrita por D. A. Prater: *Stefan Zweig. La vida de un impaciente*. Zweig, demasiado humano para un tiempo de inhumanidad.

Fonte: https://elpais.com/cultura/2013/01/28/actualidad/1359402070_213813.html



La impaciencia del corazón

Reseña de Rafael Narbona (El Cultural, 2006)



Sus ensayos y su extraordinaria autobiografía (*El mundo de ayer*, 1943) despertaron cierta indulgencia, pero su obra narrativa fue postergada por una época que profetizaba el fin del arte y la muerte de la novela. Sólo se admitió su valor como elocuente testimonio del ocaso de la vieja Europa. *La impaciencia del corazón* desmiente este juicio.

Zweig es un magnífico narrador, con una prosa exquisita y un asombroso conocimiento de las emociones humanas. En sus manos, un argumento folletinesco (un oficial que incumple su promesa de matrimonio con una muchacha enferma) adquiere el carácter de drama universal. Hofmiller es un joven oficial. Vanidoso y petulante, permitirá que Edith conciba falsas esperanzas. Hija de un judío enriquecido, la sociedad desprecia su procedencia y en ningún caso olvida su condición de minusválida. Sólo es una tullida, incapaz de despertar pasión. Zweig deslinda la compasión del sentimentalismo. El sentimentalismo nace de la debilidad; la compasión, de un corazón fuerte y sin vanidad

La impaciencia del corazón estudia la culpabilidad, la moral y la posibilidad de la redención. La guerra del 14 encubrirá la indignidad de Hofmiller, pero las condecoraciones obtenidas en el frente no borrarán su vergonzoso comportamiento. El héroe de guerra no podrá olvidar su responsabilidad en el suicidio de Edith. Judío y pacifista, Zweig no necesita esforzarse para comprender la impotencia de una joven condenada a contemplar la vida, sin participar en ella. Su facilidad para identificarse con la perspectiva de los marginados infunde al relato un dolor sincero, a veces insoportable. El amor de Edith no es una fantasía romántica, sino una pasión asociada a un cuerpo. La escena en que sus manos juegan con las de Hofmiller refleja el infortunio de los humillados por la adversidad, tal vez los únicos capaces de alimentar una pasión voraz que jamás conocerán los hombres y mujeres acostumbrados a ser amados y deseados. Se advierte en Zweig un planteamiento moral que probablemente brote de sus raíces judías. El doctor que trata a Edith está casado con una ciega. No considera que haya sacrificado nada, sino que “ha vivido para algo”. Al menos no ha defraudado a su esposa, que le ama con la generosidad de los corazones compasivos. La imbecilidad que permitió despreciar a Galdós, Dickens o Baroja brota del mismo tronco que alimentó el menosprecio hacia Zweig. Su literatura nos sigue inspirando con el mismo genio que las creaciones de Tolstoi o Balzac. El suicidio de Zweig sólo atestigua el valor de una obra que no se resignó a excluir el impulso ético de la condición humana. Su muerte no es un fracaso de la voluntad, sino un gesto de protesta contra las fuerzas que oprimen al hombre y le escamotean su dignidad.

Fonte: <https://elcultural.com/La-impaciencia-del-corazon>



La impaciencia del corazón, de Stefan Zweig **Reseña de Anna Rossell (La Vanguardia, 2008)**

Con toda la polémica que Stefan Zweig levantó en su tiempo y sigue levantando ahora entre los críticos y estudiosos de su obra, no cabe la menor duda de que *La impaciencia del corazón* (1939), la única novela acabada del autor -novela propiamente dicha-, es uno de sus textos más logrados, si no el mejor. Este texto del prolífico Zweig, que cultivó todos los registros literarios, algunos tan personales y peculiares como la leyenda, pero conocido entre el gran público sobre todo por sus relatos, sus biografías noveladas y su autobiografía *El mundo de ayer* (1941), constituye un magnífico ejemplar, uno de los últimos exponentes de la gran novela burguesa al estilo del siglo XIX.

Porque Stefan Zweig (Viena 1881, Petrópolis -Brasil- 1941), de quien se ha repetido hasta la saciedad con ánimo de encomio que retrata en su obra un mundo que se derrumba, no hace de esta novela un canto de cisne, sino una historia de todos los tiempos, un clásico. Si bien el escenario en que los hechos se desarrollan sumerge al lector de hoy en un pasado lejano, el tema que plantea el autor, en cambio, ha de captar forzosamente su atención, por su absoluta vigencia. Y es que Zweig, filólogo y filósofo de formación, hombre de una vasta y exquisita cultura, erudito como pocos y atento a los últimos descubrimientos y tendencias del arte y de la ciencia de su tiempo, hace en este texto una afinada reflexión sobre el alma humana, sobre las verdaderas razones de la actuación de las personas, que hay que buscar en cualquier parte menos donde a simple vista pudiera parecer.

Stefan Zweig, que recoge el testigo del mejor Dostojevski, sabe tejer con maestría una historia de culpa y remordimiento que da fe de un buen conocimiento del psicoanálisis y de las vanguardias literarias del momento. Al hilo de una historia de amor no correspondida entre una muchacha tullida de la nueva aristocracia y el joven teniente Anton Hofmiller, que sigue carrera militar en un regimiento de ulanos del imperio austro-húngaro en los albores de la Primera Guerra Mundial, Zweig consigue uno de los posicionamientos más claros de su vida, tan reclamados por muchos por escasos: la desmitificación con mayúsculas de la vocación militar al servicio de la patria y de la monarquía y la de la figura del héroe de guerra, que resulta no ser tal.

Con exquisita sensibilidad y atenta capacidad de observación, el autor nos desvela que el áureo brillo de las condecoraciones no es sino de latón, porque el arrojado hasta la muerte del militar que las consiguió no debe su impulso a razones de valentía patriótica, sino a un acto de la más urgente cobardía. A esto hay que añadir que Zweig hace uso de técnicas narrativas en su momento novedosas, y aún actuales, como el monólogo interior, y condimenta con mesuradas dosis de suspense la narración, consiguiendo mantener al lector expectante hasta el final.

Sin lugar a dudas hay que celebrar la reedición de esta novela -en esta magnífica traducción de Joan Fontcuberta-, ya publicada anteriormente en nuestro país por el Círculo de Lectores y por Luis de Caralt, en versión de Alfredo Cahn, y posteriormente, por Debate con el título de *La piedad peligrosa*, en traducción de Carlos Fortea. Tanto más cuanto que, en el caso de Zweig, urge separar el grano de la paja entre la inmensa cantidad de obra producida. Siendo como fue el autor en lengua alemana más traducido de su tiempo, alcanzó fama internacional en los años veinte a partir de sus novelas cortas y de la publicación en 1927 de su obra más aclamada, *Momentos estelares de la humanidad*, donde plantea una peculiar y subjetiva concepción de la historia entendida como un poderoso destino ineludible.



Tertulias Literarias

El éxito de ventas que alcanzó Stefan Zweig en el período de entreguerras dentro y fuera de Europa tiene probablemente su explicación en razones de distinta naturaleza, pero todas ellas constituyen ingredientes de lo que definimos como popular y populista, que en literatura, como en otros ámbitos, no es necesariamente una cualidad. El autor, que fue a la Primera Guerra Mundial como voluntario, convertido a raíz de ella en denodado pacifista, a menudo hizo de su literatura un alegato antibelicista en el momento adecuado, aun a costa de servirse del burdo esquematismo maniqueo, como han observado muchos de sus detractores, por ejemplo en *Erasmus de Rotterdam: Triunfo y tragedia de un humanista* (1934) o *Castellio contra Calvino: conciencia contra violencia* (1936).

La oportunidad histórica, unida a la curiosidad morbosa de un público burgués, que encontraba en sus páginas el placer de hurgar en la vida sentimental y sexual de su propia clase o coincidía con el autor en su interés por lo demoníaco, puede explicar la fama de un escritor cuyo renombre había de propagarse fácilmente, además, por la dimensión histórica de los personajes, nacionales y extranjeros, a quienes dedicó sus biografías noveladas. Ello contribuyó sin duda a la divulgación de su obra más allá de las fronteras de su país y del público lector en lengua alemana y propagó como la pólvora por casi todo el mundo la fama de un autor cuyos textos fascinaban ya por su transculturalidad.



La polémica en torno a la cualidad de la obra de Stefan Zweig, con independencia de la que también levantó la ambigua posición frente al nacionalsocialismo de quien, según propia afirmación, aborrecía lo político y lo dogmático, sigue hoy igualmente viva. Hoy, como entonces, los frentes siguen divididos entre aquellos que, como Thomas Mann, encomian sus textos por su penetración psicológica y su maestría artística y, los que, como Hermann Hesse, abominan de ellos tachándolos de puro folletín.

Actualmente las publicaciones filológicas sobre el autor provienen sobre todo del ámbito lingüístico anglosajón y eslavo, y no tanto del alemán, que sin embargo desde 1992 ha organizado dos congresos internacionales sobre este escritor y ha publicado recientemente tres volúmenes de su correspondencia epistolar (editorial Fischer, 2000, 2003 y 2005 respectivamente).

Fonte: <http://www.annarossell.com/blog/stefan-zweig-impaciencia-del-corazon>



Para saber más: "Stefan Zweig, impaciente" por Enrique Medina (Página 12) <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-294254-2016-03-10.html>